

LA VIRTUD DE EDUCAR.¹

Lic. Adriana Hidalgo Fuentes
MADEMS – FILOSOFÍA
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

El escenario educativo.

La educación impartida en las instituciones es un tema recurrente en la actualidad, los noticieros, los políticos, los propios representantes de esas Instituciones hablan públicamente de la crisis en la que se encuentra inmersa la educación en México; constantemente se nos hace ver que no está respondiendo a las exigencias del mundo actual, un mundo que se encuentra en constante movimiento, un mundo que se presenta maravillosamente evolucionado sobre todo en avances científicos y tecnológicos, al tiempo que parece ir en sentido contrario en aspectos de capital importancia como la moral, la cultura y la comunidad.

Los seres humanos que participamos en la crisis no sólo educativa, sino de valores y de Instituciones, recibimos asiduamente los mensajes de la posmodernidad; el dinero como finalidad del ser, la pérdida de la comunicación, el hedonismo, en palabras de Lipovetsky; *la ponderación del éxito por encima del humanismo* (1983) nos muestran el escenario donde la escuela aparece y se

¹ El docente de filosofía, debe ser un lector del grupo al que se pretende enseñar esta asignatura, un virtuoso en su área, es decir, un practicante habitual de la reflexión, el análisis y el diálogo en contexto tanto social como propio del aula, a través de casos reales que permitan ligar las teorías clásicas de la filosofía con sus vidas cotidianas, con el objetivo de que los alumnos desarrollen las habilidades propias de la filosofía.

proyecta como la principal alternativa de resolución de la crisis educativa antes mencionada.

A lo largo de la historia, la educación ha tenido gran importancia, en cada época se ha entendido de distintas formas, siempre como una construcción social y cultural, ha sido un producto de su tiempo, —puedo decir, quizá arriesgadamente—, que intenta alcanzar como objetivo el de “formar”, la forma que responda a la exigencia de su tiempo; sin embargo, la educación no sólo se obtiene en la escuela, el ser humano la aprende en todas las instancias de su vida y a lo largo de ella, en concordancia con la tradición pedagógica occidental la educación se define como la formación del hombre en cuanto a individuo, para lograr que corresponda a su cultura. (Abbagnano Nicola. Diccionario de filosofía p. 371) de tal manera que las relaciones humanas, el lenguaje y la comunicación como vehículo para educar, son los inicios del proceso educativo integral, en palabras de Gadamer:

Así, debemos partir quizá de estos inicios para no olvidar jamás que nos educamos a nosotros mismos, que uno se educa y que el llamado educador participa, sólo por ejemplo como maestro o como madre, con una modesta contribución. (Gadamer, La educación es educarse, España, Paidós, 2000 pp.15)

El aula, como espacio educativo, es el escenario donde se lleva a cabo parte de este proceso, en este espacio conviven diversos actores, no sólo profesor y estudiantes, sino todos aquellos que se relacionan socialmente con los principales participantes, además del medio o contexto donde se localiza el escenario, a este respecto Gadamer nos dice también que cada individuo es participe, responsable y creador de su propia educación.

Cada participante cuenta con un “rol” determinado y gracias a los valores de la posmodernidad estos se han diluido, en consecuencia se pierde la conciencia de la necesidad de aprender del otro, así como la capacidad de crítica de la realidad, el para qué ser educado pierde sentido, ya que en la “igualdad” todos los aportes sirven y se validan unos a otros, dejando a los involucrados en el proceso educativo dentro de una situación, en términos del Dr. Mauricio Beuchot, en su

Tratado de Hermenéutica Analógica *equivocista*, es decir, todas las opiniones son válidas ; al tiempo que *univocista*, sólo la opinión de quien educa es la correcta, dejando al estudiante sin referencias, en este sentido, sin capacidad crítica; así el individuo dentro de la escuela es instruido, no educado y esta instrucción se refiere a la búsqueda de un objetivo, sin dar lugar a interpretaciones, cada alumno es medido evaluado y diagnosticado en referencia a un modelo preestablecido que no debe dejar lugar a dudas, pero ¿Cómo pueden convivir en el mismo ámbito estos dos polos? Precisamente por la carencia de sentido.

Los estudiantes viven en un vacío, en un desierto, cohabitan en la indiferencia hacia el conocimiento, el “saber” es juzgado como inservible para la vida, la parte cognoscitiva puede incluso sentirse como un estorbo para encajar en la sociedad consumista en la que vivimos, indiferencia y desdén por las relaciones humanas la indolencia por el otro, son terribles consecuencias de la posmodernidad y no sólo los estudiantes están involucrados, todos los participantes del proceso educativo institucional, me refiero a que se ha convertido en una postura cultural generalizada que se presenta como un obstáculo para el desarrollo reflexivo natural que debería estar en uso en la vida de un adolescente que intenta darle sentido a su existencia.

La inmediatez que vivimos, la pérdida de valores con la que transitamos, nos colocan frente a la realidad como si nos fuera ajena, no la analizamos, ni la reflexionamos, el pasado no nos proyecta al futuro, no nos formamos, sólo existimos, como objetos sin sustancia, en el sentido Aristotélico, es decir, no como seres compuestos y concretos, en cambio puros objetos que satisfacen la parte material (hedonismo) que los va vaciando, seres sin finalidades, en lo absurdo, en lo inmediato , sin valores reinantes que determinan una época, seres sin *historicidad* (Gadamer, 1998) el panorama se percibe grave y deshumanizado, sin embargo es la atmósfera general de nuestra época, que fue construyéndose paulatinamente, para zambullirse el vacío.

Consideremos esa inmensa ola de desinversión por la que todas las instituciones, todos los grandes valores y finalidades que organizaron las épocas pasadas se encuentran progresivamente vaciados de su sustancia, ¿qué es sino una deserción de las masas que transforma el cuerpo social en cuerpo exangüe, en organismo abandonado? Es inútil querer reducir la cuestión a las dimensiones de los “jóvenes”: no intentemos liberarnos de un asunto de civilización recurriendo a las generaciones. (Lipovetsky, 1993:35)

La adolescencia es precisamente una etapa de formación, donde la educación adquiere gran relevancia, en referencia a María Zambrano (2007), la adolescencia es el periodo en que el ser humano empieza a constituirse como tal, es la época donde nos topamos con la creatividad, con la soledad que sirve para desarrollar nuestro ser creativo, el lapso de tiempo que nos proyecta hacia la realidad con la oportunidad de transformarla, de interpretarla, así que, este nuevo matiz en el escenario del vacío e indiferencia puede transformarse en un aliciente para el docente de filosofía, un estímulo que puede tener como modo de aplicación la dirección de habilidades o virtudes de esos alumnos, tales como la crítica y la reflexión propias de la filosofía, pero igualmente propias del ser humano.

La virtud de educar

Se puede definir la virtud diciendo que es una propiedad disposicional que la persona adquiere, y que la capacita para hacer bien una cierta actividad. Y se puede entender la educación como suscitar y promover las virtudes en el individuo a partir de él mismo (Arriarán y Beuchot, 1999:11), dentro del aula, el docente es el que posee la virtud de educar ya que cuenta con la disposición de ir perfeccionando su labor de enseñanza, entendiendo enseñar como transmitir los conocimientos adquiridos, el alumno puede acceder a esos conocimientos a través de interiorizar la virtud demostrada por el docente, de practicar al mismo tiempo sus virtudes o potencialidades, que se transformen en actos, en referencia

a la idea que se tiene desde Sócrates de que la virtud no se enseña, se muestra y se adquiere a través de ejercitarla.

El docente es el mediador entre el conocimiento y el alumno, el docente es el medio por el cual se reflexionan, entienden y transmiten los valores de una sociedad, si esos valores se transmiten o acercan al alumno desde una postura crítica, entonces, se está educando, ya que para hacerlo se tiene que interpelar al conocimiento igualmente del alumno (conocimiento no sólo teórico, sino práctico y social) en una construcción del individuo, con miras a una educación integral, en este sentido, volvemos a encontrar la virtud, es decir, el maestro desarrolla su potencialidad para hacer que el que está frente a él ponga en marcha sus capacidades y que con estas pueda entender e interpretar la realidad, dejando de lado el mundo de indiferencia en que se encuentra sumergido.

La “vocación” o virtud para educar, le permite al maestro mediador del conocimiento acercar al otro con otros seres humanos incluyéndolo, a hacer la labor de la libertad y de la significación de lo que conoce, esa vocación que le permite saber lo que enseña y cuál es la intención frente a los conocimientos que transmite, la labor humanamente trascendente, la esperanza que es el motor que mueve el conocimiento y la trascendencia del ser humano (Zambrano, 2007), enseñar o aprender son una práctica constante que requiere entender qué se quiere transmitir o en qué se quiere educar, para el maestro que pretende ser virtuoso en la enseñanza de la filosofía, es muy importante darse cuenta desde dónde va a arrancar esta labor, empezar por saber ¿Qué es filosofía? ¿Qué se pretende enseñar y para qué? Las condiciones en las que debe transmitirse la filosofía, es decir, la intención y la postura ante la transmisión de este tipo de conocimiento, ubicar y entender el contexto en que pretende desarrollar su virtud. La labor del maestro consiste en hacer un puente entre la teoría y la práctica, es decir, tener bien asidos los conocimientos teóricos, en este caso los filosóficos y conectarlos con la realidad, acercar al alumno al cuestionamiento de esta partiendo de la realidad misma, un vínculo que permita que la filosofía teórica se

relacione directamente con la práctica, para que adquiriera una significación en la vida de quien está aprendiendo.

La acción de educar ha tenido un peso relevante en la historia de la humanidad, en el desarrollo de la cultura, la transmisión de valores, enseñar a otro cómo actuar frente a la realidad, qué y cómo decidir, qué conocimientos o conductas pueden transmitir, los valores que nos definen como sociedad, por eso es que es una virtud, lo anterior requiere de una labor muy importante de interpretación, saber leer e interpretar la realidad para después transmitirla, de la manera más cercana posible, para quien la vive, quien la entiende y quien la transmite.

La transmisión del conocimiento ha tenido una herramienta fundamental para su difusión, el diálogo, la educación a través del lenguaje ha logrado la comunicación entre las sociedades, la propagación de las ideas, los valores, la identidad que se adquiere al verse en el otro, al cuestionarse a sí mismo en relación con los demás se logra a través del diálogo, por eso el docente debe ser capaz de educar por medio de este, debe ser capaz de entender a los demás a la par de su cultura, a este respecto Gadamer nos dice que el diálogo es la herramienta principal que permite educarnos desde el momento mismo de nuestro nacimiento, el lenguaje, nos pone en contexto a la vez que ejerce una influencia muy importante en nuestro pensamiento.

El lenguaje crea la tradición, la tradición es el lugar de dónde se parte para interpretar la realidad y si nuestra realidad actual es la del vacío y sinsentido, habrá que preguntar si *el lenguaje es el culpable de que nos encontremos en esta situación* (Gadamer Verdad y método II, pp 195) el lenguaje no es el culpable, sino la herramienta con la que se llegamos a esta situación, el diálogo es una herramienta de confrontación y esta confrontación sirve al maestro para educar, con el diálogo el maestro conduce a la transformación de los pensamientos de los alumnos, es decir, utiliza su virtud para interpretar y transmitir en un proceso relacional, en un ambiente didáctico, donde el puente entre teoría y prácticas filosóficas se encuentran en situaciones reales, con preguntas propias de la juventud, pero también de la filosofía, así el diálogo le proporciona al maestro la

posibilidad de enseñar en contexto, de entender a sus alumnos, a la institución y a todos los participantes del proceso educativo en su contexto.

El diálogo como herramienta para la virtud.

La educación áulica es un texto, en referencia a la hermenéutica, un texto en contexto con el cual se pueden hacer aportaciones y modificaciones, sujeto de interpretación, su contexto corresponde a los conceptos universales, en este caso filosóficos, llevados a situaciones concretas de interpretación, donde el docente no sólo utiliza la hermenéutica, sino también sus herramientas pedagógicas, como apoyo metodológico para interpretar la parte teórica de su disciplina, al tiempo que lo lleva a la práctica, en situaciones concretas.

La educación es el ámbito adecuado para la realización de la reflexión filosófica, porque el salón de clases permite al profesor de filosofía la aproximación al conocimiento de los textos, no sólo en cuanto a la situación real del alumno, sino a los procesos y resultados que se obtienen en el proceso educativo, en la confrontación dialógica entre los alumnos.

La virtud del maestro de filosofía consiste en diseñar las estrategias más apropiadas que permitan a los jóvenes entender la filosofía como un saber vivo y dinámico, un saber que puede encaminar el sentido de la existencia, encaminar a los alumnos en la pregunta, en el juicio, pero a través de la reflexión, el maestro es el encargado de llevar a cabo esta mediación o equilibrio, la *phrónesis* Aristotélica, en una interrelación dentro del salón de clases que permita un modelo que respete y propicie el pluralismo, dentro de un proceso pedagógico en el que el proceso mismo consiste en una serie de opiniones e interpretaciones, pero fundamentadas en la tradición y el diálogo.

Educar es suscitar y promover las virtudes en el individuo a partir de él mismo, desarrollar las competencias necesarias para cuando se enfrente al texto escrito, en este caso filosófico, en el mismo sentido el diálogo se vuelve indispensable, porque la confrontación nos salva la inconmensurabilidad, nos permite integrar las opiniones, para lograr una mayor aproximación . *Buscar integración, buscar*

convergencia, pero siempre inexacta, solo aproximativa, sólo proporcional.(Beuchot, 2007:16)

El maestro puede utilizar la hermenéutica en el aula como herramienta para salvar el vacío, para ubicar a los alumnos y a él mismo en contexto, traer al alumno con sus circunstancias, su tradición, sus conocimientos, sus prejuicios, sus virtudes en un dinamismo que permita comprender a quien se pretende educar, en un ideal de bienestar en el que él también se encuentra inmerso y dónde puede desarrollar su potencialidad educativa en un ambiente recíproco e interpretativo que jamás se agota.

Héctor Zagal nos sitúa en este camino de educación filosófica, nos cuestiona ¿Cómo lograr que un adolescente sienta el impulso de llevar una vida virtuosa? O ¿Cómo lograr incluso que se interese en un saber que siente tan ajeno como la filosofía? La labor del docente en este sentido es lograr que el alumno vislumbre la importancia de sus acciones y decisiones y que se vea como partícipe y transformador de la realidad. *Durante la adolescencia de forma el temple del ciudadano* (Zagal; 2009:p.58) que se vea cómo un ser virtuoso, un ser importante y constructor de la realidad, a través de su tradición, del ejercicio de sus valores, de tomar en cuenta al otro, del rescate del sujeto en comunidad y que no se asuma como objeto que sólo desea saciar su inmediatez.

Una clase filosofía en la que el docente entienda su vocación como virtud se desarrollará en el diálogo, en la interpretación, y no sólo en la reproducción de modelos preestablecidos o en la postura estática que tiene la transmisión memorística o textual de las teorías filosóficas, enseñar filosofía, no a filosofar (Kant) esta clase deberá ser dinámica y propositiva, donde se relacionen, las diversas opiniones, los prejuicios, la moralidad y todo aquello que constituye a los involucrados en el proceso educativo en un ambiente equilibrado, que pondrá a prueba precisamente esa virtud educativa. *Será un equilibrio dinámico, que a veces tendrá que tender más hacia un lado y a veces más hacia el otro, para que de veras haya una acción virtuosa.* (Beuchot, 2007:17)

El profesor lleva la responsabilidad de todos los que se involucran en el aula, tiene la labor de equilibrar el diálogo, de respetar y promover esa parte propositiva, de lograr la participación de los alumnos, el interés por entender e interpretar las preguntas, sin esperar un ambiente callado y unilateral, ser consciente, de que educar no es lograr que los más sobresalientes y “bien portados” contesten, sino que el diálogo integra a todos los presentes en el aula, quizá la virtud de educar se ejercita más con aquellos que se encuentran más atrapados por la realidad posmoderna, por los paradigmas establecidos y por la apatía hacia el conocimiento, un docente virtuoso debe lograr el diálogo entre todos, esto quiere decir que logró hacer una aproximación, que el texto que son sus alumnos, le habla.

La conversación entre maestro y discípulo es sin duda una de las formas originarias de experiencia dialogal, y aquellos carismáticos del diálogo que hemos mencionado antes son todos maestros y enseñantes que instruyen a sus alumnos o discípulos mediante la conversación. Pero hay en la situación del enseñante una especial dificultad para mantener la capacidad de diálogo a la que sucumbe la mayoría. El que tiene que enseñar cree que debe y puede hablar, y cuanto más consistente y sólido sea su discurso tanto mejor cree poder comunicar su doctrina. Este es el peligro de la cátedra que todos conocemos. (Gadamer, 1975: 26).

Un buen profesor de filosofía es aquel que es capaz de comunicar, pero al mismo tiempo de interpretar, un buen docente de filosofía es aquel que pretende hacer de la educación una virtud, que entiende la tradición, pero que la transmite crítica y reflexivamente, la docencia es una labor transformadora, no domesticadora, una responsabilidad enorme que exige herramientas, que lleven al equilibrio interpretativo, en que todas las opiniones caben, pero con límites y prudencia.

Bibliografía.

1. Arriarán, Samuel y Beuchot, Mauricio. *Virtudes, valores y educación moral. Contra el paradigma neoliberal.* UPM, México, 1999.
2. Beuchot, Mauricio. *Tratado de hermenéutica analógica.* Hacia un modelo de interpretación, Editorial Itaca, UNAM, México. 2009
3. Gadamer H.G. *La educación es educarse.* Paidós, Barcelona. 2000
4. Gadamer H, G. *Verdad y método I.* Editorial Sígueme, Salamanca. 1998
5. Gadamer H.G., *Verdad y método II. La incapacidad para el diálogo.* Sígueme. Salamanca, 2004.
6. Gadamer H.G., *Verdad y Método II,* Ediciones Sígueme, Salamanca. 1975
7. Lipovetsky, Gilles , *La era del vacío,* Anagrama, Barcelona. 1983
8. Zambrano, María. *Filosofía y Educación.* (Manuscritos) Ágora, España 2007.
9. Zagal, Héctor. *Argumentación, creencia y amistad: Hacia una retórica de la ética Aristotélica. En Ensayos sobre una tradición retórica.* Helena Beristáin, Gerardo Ramírez Vidal (Compiladores) UNAM, México, 2009.